

La sugestión de los barcos



Yo también soy un vagabundo.
Es verdad que no uso la dejadez naufragada del vago. Me visto con trajes corteses, hago atentamente el nudo de mi corbata y procuro siempre que las gotas de mugre no manillen la blancura de mi camisa.

Pero dentro de mí, por abajo de la forma corporal, vive un vagabundo. De repente, como un perro que vivía demasiado tiempo entre paredes, me gusta huir a los lugares donde se inician las aventuras. Me gusta perderme entre las grúas y los carros del puerto. Es para mí una indecible felicidad ir errante por los muelles, al mismo paso que llevan los desocupados, los holgazanes, los píllos de playa. En aquellos momentos de libertad, parece que me restituyo a mi original y verdadera naturaleza. ¡No será yo un vagabundo fracasado? ¡Ah! Esta civilización matemática y exigente, ¡cuántas orientaciones sabe desviarme!

Los puertos son las cosas más sugerentes que aun nos quedan. Un puerto, lleno de barcos multiformes y cosmopolitas, es la cosa que más fuertemente cosquillea a nuestra imaginación. Está lleno de barcos. ¿Y hay algo que supere en fantasía a un barco? Y los barcos anclados, los barcos en reposo dentro de un puerto, tienen todavía más sugestión que los barcos en marcha.

De dónde vienen los barcos que vemos anclados? ¿Adónde irán después esos barcos que ahora reposan junto a los muelles? Y sólo pensar en lo que han hecho, en lo que harán, procura a nuestra imaginación largas conjeturas.

Este barco de vela habrá cruzado los hielos del norte; aquella goleta viene de los grandes ríos, y ha rozado los cañaverales del trópico, y se ha dormido en la calma canicular de los mediodías abrasadores. Este enorme buque ha recorrido los puertos de las fastuosas metrópolis. Aquel ha visto las islas de coral de los mares indios.

Existe otro olor más sensual para la fantasía que el olor de brea? La brea es el perfume, quizás el alma de los barcos. Cuando vamos por una calle, entre comercios conocidos y urbanos, súbitamente sale de una puerta una ráfaga impensada: allí dentro se venden cuerdas, anclas, aparejos de navegar. Entonces sufre nuestra imaginación un vuelco formidable. Todo el mar, todo el deseo de los

viajes remotos se nos echa encima alma, sin más conjuro que aquél sin olor a brea.

Nada nos dará una sensación de tan grande, como un puerto repleto de barcos. Detrás del puerto, nos imaginamos una gran ciudad hirviente, africana y ambiciosa. Los hombres se abrían, las cuadrillas que recogen y atan el grano, las tumultuosas tropas novilleras: todo esto, tan espacioso y abundante, tan poético y noble, representado imaginariamente tras mástiles de los barcos que descansan en el puerto.

Y los ruidos. ¡Qué significación de sal fuerza tienen los ruidos de un puerto! Las máquinas chirrían y crujen; los gones ruedan sordamente; las mercancías con golpes agudos o rotundos oyen los gritos de los capitanes que dirigen la maniobra. Un buque se despierta del muéllle, suelta las amarras, ¡qué! Quién sabe a qué bellos países parten! Todos corren, como si se temiese un accidente trágico. El buque es un monarca hecho para lanzarse corriendo sobre libres olas; dentro de las dársenas suena el golpe de las amarras, cuando el buque, tembloroso, marcha ciego, ciego y golpeado. La menor negligencia puede hacerlo chocar contra los malecones, abrirse en dos pedazos. Por eso el capitán grita con gritos de ira y de alarme. Los marineros heridos por la mano del capitán, corren sobre cubierta, y lan veloces los mástiles, hacen vibrar las maquinillas auxiliares. Y el buque, lentamente, va salvando los obstáculos, de una dársena a otra, gana por la boca del puerto, aprieta los resortes de la hélice, se lanza corriendo en busca de una alta mar hermosa. Entonces su sirena vomita un alarido de triunfo, de gloria y libertad...

Y entonces, ¡con qué envío! ¡con qué envío! barco valiente nuestra alma viajar, soltar las amarras, irse. ¡Viajar, viajar! Desprenderse de lo cotidiano y de lo repetido, desamarrarse de lo habitual. Huir de la muerte, sumarse, porque todo lo que se inocencia se muere. Porque la muerte no es muerte, es sólo el detenimiento. Y porque la vida es sólo un viaje. ¡Viajar, viajar! ¡VIAJAR!

JOSÉ M. SALAVERRÍA